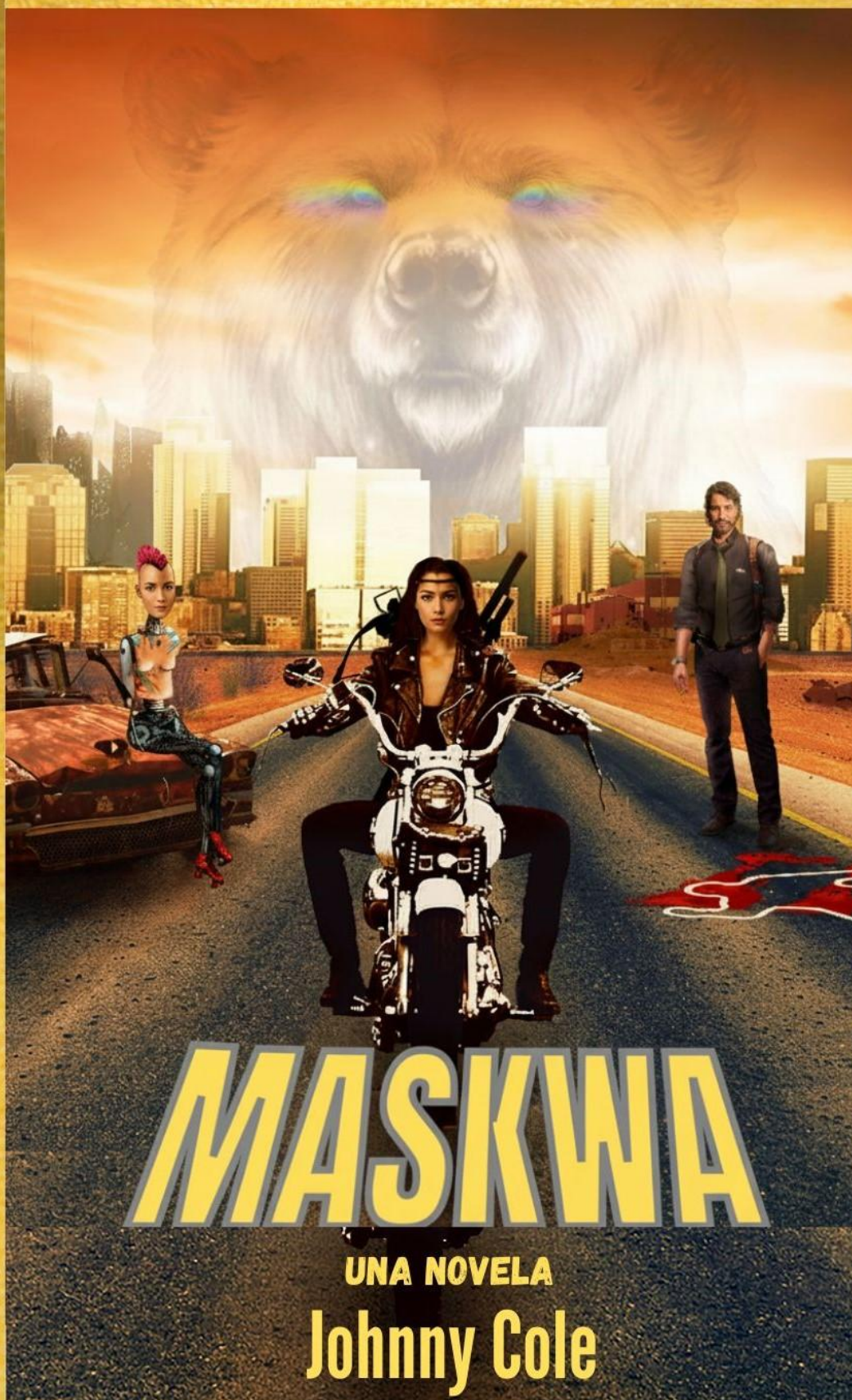




MASKWA

CAPÍTULOS DE MUESTRA

Esta muestra contiene los primeros dos capítulos. Libro completo disponible en:

www.Divergencies.com

Más de 300 páginas de futurismo indígena, ficción climática y aventura trepidante.

Destinado a lectores mayores de 18 años



Publicado por Divergencies

Venice CA 90029

Copyright © 2025 por John P. Cole

Biblioteca del Congreso 1-15009380181

Ficción: Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es puramente coincidental.

Las Rebeldes

Encajada entre un changarro de reparación de electrónicos especializado en celulares, computadoras y robots, y un salón de bio-hacking que ofrecía las últimas técnicas de salud y longevidad, la fachada de la Galería Creatrix lucía letreros de neón chuecos y un rollo ecléctico bien underground. Detrás de su discreta puerta de acero, la galería olía a pintura en aerosol, a descaro y a pura rebeldía. Los estantes estaban abarrotados de mangas prohibidos, libros piratas sobre hackeo de vigilancia, fanzines de activistas climáticos bien hardcore, estudios de eco-ciencia, manifiestos antifascistas y joyería artesanal hecha con cristales y metal reciclado. Dentro del ambiente decorado con esculturas eróticas, plantas exóticas, una fuente con forma de delfín y paredes tapizadas con arte que celebraba la naturaleza, tres rebeldes se preparaban para un tipo diferente de obra maestra.

En el estudio de arte escondido en la parte de atrás, que servía tanto de altar como de búnker de batalla, *Disco Inferno de The Trammmps*, una de sus rolas de calentamiento de hace cincuenta años, retumbaba en el aire. Gemini Moon se movía al ritmo y se inclinaba sobre un cartel de protesta. El silbido agudo del aerosol llenó la habitación mientras rociaba en rosa violento sobre el lienzo deformado:

¡LEVÁNTENSE! ¡PUNTO!

Gemini, su líder natural y no electa, siempre sintió como si viniera de todas partes de la Tierra y de diez mil años luz más allá del lenguaje. Su apariencia solo reforzaba esta onda de otro mundo. De lejos, Gemini se veía normal, pero de cerca, su piel era azul claro y brillaba suavemente bajo la iluminación de riel UV de la galería, resplandeciendo como el interior de una concha marina. Gemini se cubría la cara con rayas de pintura de protesta moradas y amarillas, y sus largas rastas anaranjadas, parecidas a algas marinas, sobresalían como fuego salvaje debajo de su característico sombrero de copa blanco. Impresos en el pecho de su sudadera estaban los coloridos personajes del programa de televisión infantil *Plaza Sésamo*, parados juntos bajo un cartel que decía:

LA RESISTENCIA

Por último, pero no menos importante, los ojos desparejos de Gemini brillaban como la prima estelar perdida de David Bowie o una criatura marina azul-verdosa mestiza, o ambas. Esa era, de verdad, su *vibe* general. Gemini sostuvo el cartel de protesta en alto, hizo unos raros clics entre sus dientes y su mejilla y cantó “¿Les late?”. Lanzó la frase con la confianza y la inocencia infantil de alguien que los había creado con regularidad.

Lucia Sky, bien metida en sus movimientos de baile, sonreía al cartel, sus labios envueltos alrededor de un porro que no se suponía que fumara en interiores. Pero después de todo, ¿qué era la rebeldía si no cagarse en las reglas o romperlas? Ese era su lema. Lucia parecía un desmadre envuelto en glam-punk y una pesadilla-fantasma de colegiala. Falda escocesa corta, mangas de malla, botas de combate rayadas que gritaban “atrévete, wey”. Era bien radical y tenía el detector de mentiras afilado como el de una gata callejera bien trucha. Si tuviera una variedad de *weed* de la costa norte de California que llevara su nombre, se llamaría ‘*Truth Serum*’, porque eso es lo que sacaría de quienes se acercaran demasiado a su humo.

Lucia se acercó bailando y le pasó el porro a Rachel Lamont, quien dio una inhalada larga y bien practicada, movió el trasero y levantó el dedo medio en aprecio al cartel de Gemini. Su boina roja profunda inclinada sobre su frente, desafiando a la gravedad a que la tirara, y sacó su celular, configurando su ubicación y la aplicación anti-vigilancia de IA en ‘*Fuck off?*’. Con el porro todavía entre sus dedos, Rachel levantó y ajustó el enfoque de su celular, luego tomó una selfie grupal. Sonrió, con los ojos brillantes, y gritó por encima de la música “Sabén que tengo que decir esto”. Su voz cantarina y su marcado acento franco-americano.

Lucia gimió “Uh oh, morra. Ahí vamos otra vez”.

“Como un reloj” articuló Gemini en silencio.

Rachel inhaló, posó con orgullo, moviendo los hombros, bajando ligeramente la música y exhaló sus líneas como un manifiesto. “Más que amar el planeta. Más que *j’adore la vie*. Incluso más que el vino tinto de los miércoles, no hay dos personas con las que preferiría asaltar la Bastilla que ustedes dos, *chéries*”.

Le pasó el porro de vuelta a Lucia, quien lo agarró e inhaló, profundo en el vientre. Por pura curiosidad, Lucia exhaló, puso los ojos en blanco y preguntó “Nunca dijiste exactamente qué pedo con ese rollo de la Bastilla, ¿eh? Suéltalo”.

El discurso de Rachel se volvió justiciero. “Bueno” declaró “mis ancestros franceses asaltaron la fortaleza, que era un símbolo del poder inflado del rey, y vendieron los escombros en los mercados. Y con eso, *La Révolution commence*”.

Gemini levantó su cartel y gritó “Me late *La Révolution*. ¿Listas?”.

Lucia asintió, apagando el resto de la hierba en un cenicero de cerámica con forma de sirena en espiral. Rachel ya estaba metiendo máscaras antigás en su bolsa de tela, junto con una cámara de video, un paquete de carteles de protesta compactos y calcomanías, y disruptores de drones ilegales. El trío salió de la galería, montó sus scooters como brujas en escobas plateadas y arrancó los motores, que ronroneaban con propósito. Sincronizaron sus bocinas montadas en la parte trasera y subieron el volumen de *Can’t Hold Us de Macklemore & Ryan Lewis (Feat. Ray Dalton)* porque, ¿qué era una revolución si no tenía *beats* para remezclar? Ese era su lema. Estos eran sus veinte y este era su momento.

Atravesaron la ciudad como si volaran en las alas de un presagio: pasaron bares de fideos coreanos iluminados con LED y confesionarios de IA clausurados, pasaron drones de vigilancia parpadeantes en espiral por el cielo, pasaron peatones encorvados con caras enterradas en sus pantallas y cargando paraguas inútiles y polvorientos, pasaron una pandilla de coyotes vagando y pasaron robots de entrega rodantes con gorros de Santa decorados con luces de carámbanos festivos – que los bots no pidieron ni particularmente necesitaban.

Delante de ellas, un viento surgió de la nada, llevando una tormenta de polvo creciente que giraba en espiral entre los edificios espejados como un espíritu conjurado por la protesta misma. Las tres amigas no bajaron la velocidad y se metieron directas en la tormenta. Como todos los demás, estaban acostumbradas al polvo. Su sabor insípido y olor acre se habían convertido en una bajada de rollo casi diaria, cubriendo sus bocas, ojos y cabello como una segunda piel. El polvo se levantaba lentamente al principio desde los paisajes cada vez más resacos y saqueados de la tierra, pero ahora podía, a capricho, rociar, llover, cubrir, girar, cortar o despejar la atmósfera – todo como si tuviera mente y significado propios.

La Cazarrecompensas

La solitaria carretera del desierto se cocinaba bajo el ojo ardiente del sol del mediodía, y un espejismo de calor se desprendía del asfalto en remolinos lentos y hambrientos. A la distancia, el sonido de un traqueteo lento comenzó a elevarse, mecánico y depredador. Un coyote se detuvo al borde de la carretera, orejas paradas y fosas nasales ensanchadas, sintiendo que un intruso infrecuente y ruidoso se acercaba.

Una motocicleta negra con sidecar atravesó la neblina, su torque arrastrando calor y actitud, y sus bocinas montadas en el carenado retumbaban *Gone Surfing de Sixteen Wheelers* a todo volumen. En la moto, una figura solitaria conducía, envuelta en armadura antipolvo, con el rostro firmemente cubierto bajo un casco retro rayado. Una inconfundible insignia tribal de garra de oso se extendía por la espalda de la chaqueta de cuero agrietada del conductor. En la plataforma del sidecar, un tipo se agachaba, camisa rasgada, ojos ocultos detrás de lentes de motocicleta antiguos, muñecas atadas y amarradas con cuerda curada por el calor. Se movió incómodo, quemado por el sol e inquieto, pero no se atrevió a quejarse. El conductor no parecía del tipo que tolerara charlas ni parloteos.

La motocicleta pasó rápidamente por el lugar donde el coyote ya había desaparecido y se dirigió hacia un puesto de concreto que se cernía en el horizonte. La estructura se erguía sola y parcialmente

oculta en el desierto, rodeada de alambre de púas y tiendas militares caídas—sirviendo tanto como prisión temporal como puesto de control. En su azotea, una torreta de seguridad giraba. Su lente de cámara hizo zoom, se bloqueó y rastreó al sujeto que se acercaba. El conductor desaceleró, apagó el motor y el polvo se rizó alrededor de sus ruedas como anillos de humo.

Desmontaron, quitaron rápidamente su casco y su cubierta facial, revelando un corte lateral estilo Skrillex y los rasgos afilados y curtidados de una motociclista ruda Méti. Sus ojos, esos ojos, cazaban presas que no necesariamente se doblaban, sangraban ni se rompían fácilmente. Un solo arete de pluma se balanceaba suavemente desde su oreja izquierda, insinuando sus raíces Cree y su feminidad – ambas mantenidas cerca de su pecho pero no del todo ocultas. Miró hacia arriba al dispositivo escáner en la torreta del techo, que escaneó no solo su rostro, sino también su chip de identificación – obligatorio para el movimiento a través de los sectores del Paisaje Americano desde que el régimen promulgó la Ley de Poderes de Emergencia. Sonó y su perfil apareció en su pantalla.

ALASKA RAINMAKER – Cazarrecompensas #11.16.85

La puerta se abrió de golpe y Alaska sacó al tipo del sidecar como si fuera un bulto de carne de carnicero, arrastrándolo hacia la entrada. Antes de entrar, apuntó su llave a su hombro y presionó un botón. La moto vibró y el sidecar se dobló como un acordeón, encajando plano contra el chasis y bloqueándose en su lugar con un chasquido metálico.

Alaska entró para encontrarse con una pared de aire rancio, atrapado por su frescura artificial que se filtraba de un aire acondicionado chirriante colgado de la única ventana de la habitación. Cazarrecompensas de varios antecedentes turbios holgazaneaban como lagartijas al sol en una mesa de madera desordenada con cartas grasientas, ceniceros medio vacíos y sándwiches de un día. Ella conocía y saludaba con la cabeza a todos los cazarrecompensas que pasaban por el puesto, no por nombre sino por sus características distintivas: el viejo del sombrero vaquero con la cicatriz en la cara, el novato con una sonrisa permanente pegada, el veterano del ejército dado de baja con un ojo que cazaba con su dóberman entrenado que dormía lealmente a sus pies, el wey que no podía dejar de toser por sus

frecuentes carreras en tormentas de polvo, el cretino arrogante con el lóbulo de la oreja faltante que ella le arrancó por proponerle crudamente y los nuevos bots cazarrecompensas que siempre parecían predecibles e inadecuados, aunque se estaban volviendo cada vez más hábiles en el jale. Para mejorar la vibra surrealista, *Rudolph the Red-Nosed Reindeer* sonaba instrumental desde una bocina solitaria que había visto mejores décadas.

Alaska condujo a su captura hacia una pared de vidrio oscuro que tenía toda la calidez de una trampa de acero para tiburones. Sus dedos presionaron un botón y un brazo robótico se desplegó con lentes adheridos al lugar donde estaría su mano, si tuviera una. “Ojos abiertos” ordenó el robot, su voz sin emociones y fría.

El prisionero se agachó, luego instantáneamente se lanzó, dándole un cabezazo a los lentes y empujando a Alaska fuera de balance.

Mal movimiento.

Alaska lo giró como una muñeca borracha y lo estrelló contra la pared lateral. Su puño se echó hacia atrás, pero tembló y activó un sutil temblor que traicionaba una herida más profunda. Cerró la mano, frotando su pulgar contra su dedo índice, tratando de controlar el temblor que, si no se detenía, podría convertirse en una convulsión total y dejarla indefensa. Él lo notó y sus ojos se dirigieron a la puerta, pero ella lo captó, lo agarró del cabello y forzó su cara hacia los lentes. Aún así, él se resistió y apretó los ojos como un niño con miedo a los fantasmas, o jugando el juego de ‘no puedo verte, así que tú no puedes verme’.

El temblor en Alaska había disminuido ahora, amenazando sus caderas y piernas. Ella desesperadamente estabilizó su brazo, se extendió hacia abajo detrás del prisionero con su mano libre y sin ceremonia ni preocupación agarró sus huevos en un agarre castigador, apretó y exigió “Ábrete sésamo”.

Él gruñó y sus ojos se abrieron de golpe.

La voz del robot ladró “Bill Perkins – Violencia Doméstica y Violación”.

Una luz verde parpadeó y sonó sobre una puerta lateral, que se deslizó y se abrió. Sin desatar la cuerda, Alaska empujó a su prisionero y la puerta se cerró de golpe, llevándose consigo al tipo y su futuro contenido. Arriba de la puerta, una pantalla digital de recompensa se desplegó:

\$2,192.58

Alaska miró hacia arriba y bufó “Tacaño” luego rápidamente pasó su dispositivo de muñeca sobre la pantalla. Se puso en ceros y el brazo robótico se retrajo por su ranura, como un cajero de banco aburrido.

Alaska dio un paso atrás; su cuerpo ahora temblando completamente, se apoyó contra un pilar fresco, sacó un frasco de pastillas bien usado de su bolsa del cinturón y se tragó una en seco. Su respiración se ralentizó y miembro por miembro, su cuerpo se calmó, pero sus dientes permanecieron apretados mientras se estabilizaba. Sus ojos se desviaron hacia el tablero de anuncios de ‘Más Buscados’, desordenado, con caras: algunas monstruosas, otras normales, colgadas junto a carteles de robots rebeldes y sin ataduras.

Alaska generalmente solo cazaba a los humanos AWOL, ya que eran más fáciles de atrapar y pagaban más que sus dobles mecánicos. El mundo, su mundo, no le daba mucho tiempo para quedarse. Solo presentaba objetivos, luego nuevos, luego el siguiente. Así que se apartó del pilar, rápidamente arrancó algunas de las recompensas frescas del tablero, las metió bajo el brazo y se dirigió a la salida, saludando con la cabeza a los cazarrecompensas y bots cazarrecompensas mientras pasaba. Al acercarse a la puerta, miró hacia arriba al televisor parpadeante en la esquina. El volumen estaba bajo, pero la cara de un presentador de noticias llenaba la pantalla – suave, pulida y completamente indiferente:

“En las noticias nacionales, con el derretimiento del iceberg A-78, las evacuaciones continúan en los Cayos de Florida y el Condado de Dade mientras los niveles del mar empeoran y el Huracán Harry barre las Carolinas. Mientras tanto, la sequía y la ola de calor persisten en el

Medio Oeste. Se aconseja a los ancianos que permanezcan en interiores. En otras noticias, los cruces fronterizos a través de Tijuana y Buffalo se han reabierto momentáneamente – solo para bienes y vehículos permitidos”.

¿Quieres saber qué pasa después?

MASKWA DISPONIBLE AHORA -

📖 Tapa blanda: \$16.99 US (Inglés)

📱 Digital/Ebook: \$6.99 US (English y Español et Français)

PRÓXIMAMENTE -

📖 Tapa blanda: \$16.99 US (Español)

📖 Livre broché: \$16.99 US (Français)

Consigue tu copia en: www.Divergencies.com

También disponible en Amazon, Apple Books, Google Play y otras tiendas importantes.

Conecta con Johnny Cole

 [YOUTUBE](#)

 [INSTAGRAM](#)

 [TIKTOK](#)

 [LINKEDIN](#)